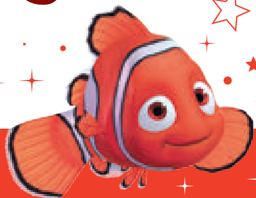
Disney

365 cuentos de acción y aventuras

LIBROS Disney

Disney

365 cuentos de acción y aventuras



LIBROS Disney

© 2020 Disney Enterprises, Inc.
© 2020 Disney Enterprises, Inc. y Pixar Animation Studios
Todos los derechos reservados

Materiales y personajes de *Cars*, *Cars 2* y *Cars 3* © 2020 Disney Enterprises, Inc. y Pixar Animation Studios.
Elementos de Disney/Pixar © Disney/Pixar; vehículos subyacentes propiedad de terceras partes, cuando sea aplicable: AMC, El Camino, Gremlin, Hudson, Hudson Hornet, Nash Ambassador, Pacer, Plymouth Superbird y Willys son marcas registradas de FCA US LLC; Dodge®, Jeep® y el diseño de la rejilla de Jeep® son marcas registradas de FCA US LLC; marcas de Petty usadas con permiso de Petty Marketing LLC; Mack es una marca registrada de Mack Trucks Inc. Fairlane, Ford Coupe, Mercury, Model T, Mondeo y Mustang son macas registradas de Ford Motor Company; marcas de Darrell Waltrip usadas con permiso de Darrell Waltrip Motor Sports; Carrera y Porsche son marcas registradas de Porsche; la insignia de rango de Sargento se usa con permiso del ejército de los Estados Unidos de América; marcas registradas de Volkswagen, patentes de diseño y copyrights se usan con la aprobación del propietario Volkswagen AG; FIAT y Topolino son marcas registradas de FCA Group Marketing S.p.A.; Cadillac Coupe DeVille, Chevrolet, Chevrolet Impala, Corvette, El Dorado, H-1 Hummer y Monte Carlo son marcas registradas de General Motors; Range Rover y Land Rover son marcas registradas de Land Rover; © & TM 2012 LTI LTD de la London Taxi Company; fondos inspirados por el Cadillac Ranch de Ant Farm (Lord, Michels and Marquez) © 1974.

Slinky® Dog. ©Poof-Slinky, LLC.

MR. POTATO HEAD y MRS. POTATO HEAD son marcas registradas de Hasbro y se usan con permiso.
© Hasbro. Todos los derechos reservados.

Etch A Sketch © Spin Master Ltd.

Las marcas Mattel y Fischer-Price se usan con permiso. © Mattel, Inc. Todos los derechos reservados.

Omnidroid © & TM Lucasfilm Ltd.

Publicado en España por Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Primera edición: septiembre de 2020
ISBN: 978-84-17062-66-8
Depósito legal: B. 12.016-2020
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como
papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Disney · PIXAR Cars

Una carrera arriesgada

Concentrado, con el motor rugiendo, Rayo McQueen avanza despacio hacia la línea de salida. Las cámaras fotográficas echan chispas a ambos lados de su carrocería roja marcada con el número 95. Por toda la pista, los espectadores gritan de emoción: esta carrera, la última del año, determinará quien será el ganador de la famosa Copa Pistón. De los cuarenta y dos coches participantes, solo tres son capaces de lograr esta hazaña.

Rayo McQueen, uno de esos bólidos, observa a sus dos rivales. Por un lado, Strip Weathers, alias «El Rey», un piloto fuera de serie que va a dar sus últimas vueltas antes de disfrutar de una jubilación bien merecida. Por otro, Chick Hicks, que hace mucho tiempo que espera poder ganar su primera copa. Pero ¿acaso Rayo, la revelación de la temporada, no se llama así por su velocidad?

Se da el pistoletazo de salida y los coches salen a toda pastilla. Después de varias vueltas, Chick empuja a Rayo McQueen a la zona de escape central, pero el joven favorito del público logra volver a la pista. Y cuando por fin consigue superar de nuevo a sus adversarios, debe tomar una decisión crucial: detenerse para llenar el depósito, pero sin cambiar los neumáticos, de manera que no perderá demasiado tiempo.

Con la parada en boxes de Chick y El Rey, Rayo McQueen queda en primera posición. Por desgracia, ¡dos de sus neumáticos recalentados estallan violentamente! De repente, reduce la velocidad y ve que Chick y El Rey lo adelantan a toda prisa. Con un esfuerzo descomunal, toma la última curva quemando las llantas y se desliza hacia la línea de meta, que cruza, con la lengua fuera, en el mismo segundo que los otros dos pilotos

—¡Un final trepidante! —exclaman los comentaristas—. ¿Quién ha ganado?

Mientras los comisarios de la carrera analizan la foto *finish*, Rayo McQueen, convencido de su victoria, responde a los periodistas. Por su parte, Chick Hicks también disfruta el momento, seguro de haber logrado ser el número uno. El único que conserva la calma es El Rey, como siempre.

De repente, los altavoces anuncian que los jueces no han podido determinar quién es el ganador y, por tanto, han decidido organizar otra carrera en Los Ángeles.

—Oye, Rayo McQueen —suelta Chick—. ¡El primero que llegue a California gana!

—¡Esto está hecho! —masculla Rayo McQueen con aires de superioridad—. ¡Recuerda que el trueno siempre va después del rayo!

Continuación del cuento el 8 de enero, página 10

AVIONES

El sueño de Dusty

En Hélices Junction vive un avioncito de granja naranja y blanco llamado Dusty Crophopper. Su trabajo es fumigar cosechas. Sin embargo, a él lo que le gustaría es ser un avión de carreras. Todo el mundo le dice que su destino está escrito, pero, en el fondo, él cree que algún día podría convertirse en un avión de competición. A menudo, sueña despierto:

Los dos cazas pasan volando a toda velocidad. Escrutan el horizonte, impacientes por encontrarse con su adorado campeón.

—Oye, ¿por qué está tardando tanto? —dice el primero—. ¿De verdad es tan bueno como dicen?

—No, mejor —responde su amigo.

De repente, el fabuloso Dusty Crophopper los adelanta como un cohete. Después, ejecuta un medio rizo hacia atrás y se coloca entre los cazas.

—¡Hola, chicas! ¡Aquí estoy, listo para ganar la carrera! —presume.

—El último en llegar al depósito de agua invita a combustible.

Dusty asiente.

—¿Sabéis qué? Os voy a dar un poquito de ventaja, ¡la vais a necesitar!

—¡Adiós pirao*!*

Los cazas avanzan deprisa hacia el depósito. Dusty se pone a contar y, al rato, él también acelera y alcanza a sus adversarios en un periquete.

—¡Dusty! Oye, DUSTYYYY, ¡arriba, perezoso!

El pequeño avión se despierta sobresaltado y ve que, encima de él, vuela Leadbottom, su jefe, que no parece muy contento que digamos:

—¡Estate atento! Ya estabas soñando otra vez.

Juntos empiezan a sobrevolar los campos para rociarlos con fertilizantes. Pero Dusty se pone a pensar en las musarañas y lanza la carga en el parabrisas de Leadbottom.

—¡Perdón, jefe! Es que este trabajo es para morirse de aburrimiento. ¡Valgo mucho más que esto!

—¿Por qué vas a querer dejar de fumigar? —dice Leadbottom sorprendido—. El cielo azul, nada de tráfico aéreo y ese picante aroma a Vitaminimucho. En vez de soñar despierto, será mejor que te concentres un poco en tu trabajo.

—Pero ¿es que no entiendes que lo que más deseo en el mundo es ganar el rally Alas Alrededor del Mundo?

—Por favor, ¿no irás a hablar otra vez de esa estúpida carrera aérea alrededor del mundo?

Dusty ve cómo su sueño vuelve a levantar el vuelo…

Continuación del cuento el 5 de enero, página 7

Disney · PIXAR

LOS INCREÍBLES

Algo increíble

Cada tarde, Bob Parr aparcaba en la entrada de su casa. En la acera, sentado en su triciclo, estaba Tommy, el hijo de los vecinos. A Tommy le encantaba ver cómo aquel hombre salía del coche. Era como si un genio brotara de una lámpara o, en ese caso concreto, de una caja de cerillas, por lo pequeño que era el coche y lo grande y fuerte que era el señor Parr. ¡Le costaba salir de allí!

Un día, el señor Parr volvió a casa más nervioso que de costumbre. Primero, al bajar, puso el pie en el monopatín de su hijo y tuvo que agarrarse al techo del coche para no partirse la crisma. Después, se dio cuenta de que la mano se había quedado marcada en el metal como si el auto fuera de mantequilla. Visiblemente contrariado, cerró con fuerza la puerta del coche, que volvió a abrirse rechinando. Entonces, estalló en cólera y la cerró con tanta violencia que el vidrio se hizo añicos.

Justo entonces, Tommy presenció algo fabuloso. Loco de rabia y despotricando, el señor Parr cogió el coche y lo levantó por encima de su cabeza, como si fuera de juguete. Al percatarse de que Tommy lo miraba fijamente, con los ojos como platos, volvió a dejarlo en el suelo con cuidado. Después, sonrió, algo incómodo, y entró en casa.

Al día siguiente, por la tarde, Tommy fue en bici a casa de los Parr.

—¿Qué estás esperando? —le preguntó el señor Parr después de aparcar.

—No tengo ni idea —respondió Tommy—. Que pase algo increíble, ¡no sé!

—¡Yo también! —suspiró con tristeza el señor Parr.

Unos días más tarde, el inmenso hombretón se detuvo delante de su casa al volante de un coche nuevo, mucho más bonito que el antiguo. Aunque, aparte de eso, apenas pasó nada más durante varias semanas, Tommy siguió esperando lleno de esperanza. Hasta que, una tarde, volvió el espectáculo: cuando el niño llegó, vio que un hombre propulsado por cohetes salía volando desde el tejado de la casa en dirección a una nave espacial con el bebé de los Parr en brazos. Después, el señor Parr lanzó a la señora Parr por los aires, y ella, adoptando la forma de un paracaídas, bajó del cielo con el niño en brazos. Por último, el señor Parr lanzó su coche nuevo contra la nave, ¡que se desintegró enseguida formando unos fuegos artificiales espectaculares!

—¡Vaya! Eso ha sido algo… ¡increíble! —exclamó Tommy.

Satisfecho, saludó a los Parr y volvió a casa.

Un problema de dinero

—Hola, cerdito con ranura —dijo Buzz.

—Hola, Buzz —respondió Jam, el cerdito hucha—. ¿Te has adaptado bien a vivir aquí en la habitación de Andy?

—Sí, bueno, la vida en este planeta es bastante interesante —respondió—. Tengo ganas de mandar un informe completo a mi base.

Jam puso los ojos en blanco. Pensaba que Buzz estaba un poco chiflado porque no se había dado cuenta de que no era un guardián espacial de verdad.

—Oye —continuó Buzz—, hoy me he fijado en que Andy metía discos de plata en la ranura que tienes en la espalda. ¿Se te quedan en la barriga?

—Pues sí —respondió Jam, acariciándose la barrigota—. Pero…

—¡Ajá! —gritó Buzz—. ¡He averiguado tu fuente de energía! Eres una forma de vida muy interesante. Esto quedará genial en mi informe.

Jam movía la cabeza mientras Woody y el resto del grupo se acercaban a ellos.

—¿Qué pasa? —preguntó Woody.

—Hola, vaquero —dijo Buzz—. Nada, solamente me estaba informando sobre la fuente de energía del cerdito.

—Las monedas de mi barriga —añadió Jam.

—No, Buzz —explicó Bo —no es una fuente de energía. Es dinero.

—¿Qué es el dinero? —preguntó Buzz.

—Es lo que utiliza la gente para obtener lo que necesita —dijo Woody—. Andy ya me ha llevado a la tienda de caramelos. Le da unos cuantos discos de esos al vendedor y él le da caramelos. Es un intercambio.

Buzz reflexionó un buen rato.

—Quizá me iría bien un poco de energía de esa… Quiero decir, de dinero —dijo Buzz, pensativo.

Los demás juguetes se pusieron a parlotear alborotados. ¡Nunca habían pensado lo que harían si tuvieran dinero de verdad!

—Pues yo me compraría un bastón nuevo —dijo Bo—. El mío ya no está para muchos trotes.

—Yo supongo que me compraría un sombrero nuevo y unas botas nuevas —imaginó Woody.

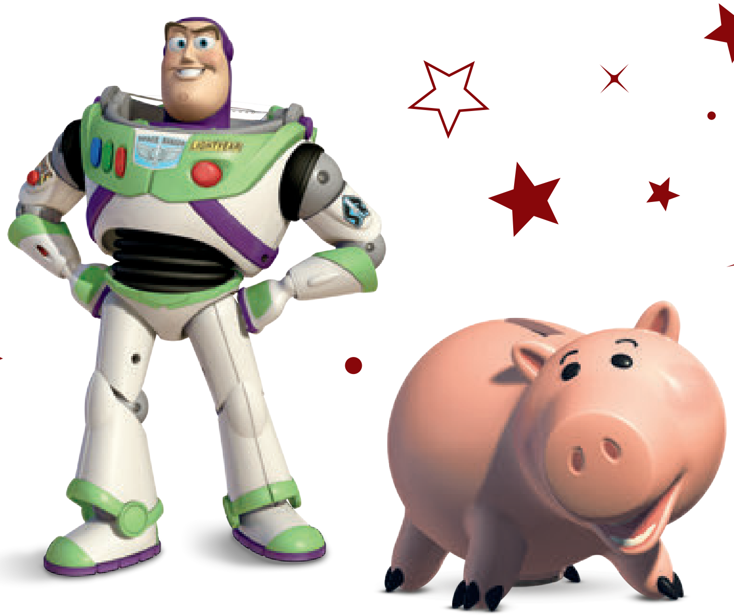
Después, se echó a reír.

—¡Miradnos! ¡Somos ridículos! ¡Somos juguetes! Los juguetes no pueden ir a una tienda así como así y comprar cosas.

—Habla por ti, vaquero —dijo Buzz—. No olvides que yo no soy un juguete.

Jam negó con la cabeza.

—¡Me rindo!



Disney AVIONES

Un entrenamiento difícil

El alegre avión de granja Dusty desea más que nada en el mundo ganar el rally Alas Alrededor del Mundo. Aunque esté destinado a lanzar fertilizante todos los días en los campos, el joven Dusty no renuncia a su sueño.

Cada tarde, se oye silbar un tren a lo lejos. ¡Es la señal de que la jornada laboral ha acabado! Loco de contento, Dusty toma impulso. Le espera la sesión de entrenamiento con su amigo Chug, el camión cisterna verde. Chug coge el surtidor de gasolina, en el aeropuerto Hélices Junction, y se ocupa de entrenar a su amigo Dusty, guiándole desde la carretera y dándole instrucciones por radio.

—Buen viraje, Dusty, ¡bravo! A ver, ajusta el ángulo de alabeo con tus *alarones*.

—¿Quieres decir alerones? —se burla el avión, mientras sobrevuela alegremente el pueblo.

Chug es muy amable al ayudar a Dusty a preparar la carrera, pero todo lo que sabe de aviación procede de un manual que ni siquiera ha acabado de leer.

—¡Por el amor de las hélices! —exclama Dusty—. ¡Hay un pequeño problema, Chug! ¡Alerta roja! Tengo una pérdida de aceite.

Dusty entra corriendo en el taller de Dottie, la bonita carretilla elevadora azul. Ella lo examina con cuidado y detalle: se le ha estropeado un cojinete de la junta de estanqueidad.

—Este tipo de avería solamente se produce cuando se fuerza el motor, Dusty —lo regaña—. No me digas que has vuelto a intentar batir un récord de velocidad.

—¿Quién, yo? No, no soy tan tonto.

En ese preciso instante, Chug entra en el taller como un loco.

—Dusty, hoy te has salido, muchacho. Ni un cohete habría podido pillarte. ¡Eres un misil! ¡Has ido a la velocidad de la luz! —exclama con orgullo.

—Estaba segura, Dusty —dice Dottie, entre suspiros—. No estás hecho para correr. Al final vas a acabar aplastado como una mosca, te vas a romper en mil pedazos y vas a causar una catástrofe horrible a tu alrededor. ¿De verdad es eso lo que quieres?

—Qué va, Dottie, en absoluto. Pero tienes que entenderme. Debo perseguir mi sueño. Por eso me gustaría que me acompañaras a las eliminatorias —respondió el pequeño avión—. ¡Necesito un buen mecánico!

Desde luego, ¡Dusty es incorregible! Hasta ahora, la carretilla elevadora siempre se había negado a apoyarlo en esta aventura que ella considera demasiado peligrosa. Y claro está, no iba a cambiar de opinión precisamente esa tarde.

Continuación del cuento el 7 de enero, página 9

El día de Reyes

Hoy es el día de Reyes. Todo el mundo come roscón de mazapán ¡y quien encuentra la figura es el rey! En el castillo, el príncipe Juan y *sir* Hiss se lo están pasando de maravilla.

—Una parte para ti y tres para mí —dice el avaricioso soberano, mofándose, mientras corta los roscones.

—¡Así vos tenéis más probabilidades de encontrar la figura! —le reprocha *sir* Hiss.

—Es el día de Reyes, ¡no de las viles serpientes! —le contesta el príncipe Juan.

Pero la situación en la aldea es muy distinta. El fraile Tuck visita a los más necesitados y constata que ninguno de ellos puede celebrar el día de Reyes.

—Las almendras para el mazapán son muy caras —le explica una aldeana.

—¡Y el *sheriff* vino ayer a recaudar más impuestos! —le dice un hombre a Robin Hood—. ¡Ni siquiera tenemos para comprar una libra de alubias!

La banda de Robin decide actuar sin tardanza.

—¡Al castillo! —ordena Robin.

Mientras tanto, el príncipe Juan y *sir* Hiss, ya saciados, digieren los trozos de roscón que se acaban de zampar. La serpiente ronca feliz, mientras el soberano admira las figuras que ha encontrado…

—¡Habas de oro! —exclama contento, mientras las lleva a la sala del tesoro—. ¡Qué gran idea! Cuantas más tengo, mejor me siento…

De hecho, se siente tan bien que se sube a la montaña de oro y se adormece chupándose el dedo. Ni se imagina que Robin Hood lo está vigilando desde una esquina de la ventana.

—¡Vía libre! —grita Robin a sus compañeros.

Todos entran a hurtadillas en la sala. El guardia, apostado al otro lado de la puerta, no se da cuenta de nada. De pronto, el príncipe Juan se agita un poco… Robin hace una seña a sus amigos para que no se muevan. Cuando el príncipe vuelve a roncar, nuestros queridos ladrones se disponen a llevar a cabo su cometido.

—Dos sacos por persona, con eso basta —susurra Robin.

Antes de marcharse, se acerca al príncipe Juan y coge un saquito que tiene justo detrás… ¡Es el de las habas de oro!

Cuando los ladrones regresan a la aldea cargados de sacos de oro, ¡todo el mundo los recibe con los brazos abiertos! Los aldeanos preparan roscones, se los comen todos juntos y se maravillan ante las habas tan especiales que les ha traído Robin…

—¡Esto sí que es un día de Reyes! —dice Robin, riéndose a carcajadas al encontrarse un haba de oro en su trozo de roscón… ¡y al imaginar la cara que habrá puesto el príncipe al despertarse!

Disney AVIONES

El héroe de guerra

Esa tarde, Chug y Dusty están sentados tranquilamente delante del televisor en el hangar del pequeño avión. Han puesto la cadena deportiva que da *Los 10 mejores tortazos de la historia*. Es preocupante ver todos aquellos choques, ¡se les ponen los pelos de punta! ¡Chug siente escalofríos en la carrocería!

—Me preguntaba si no necesitaríamos una ayudita —le propone a Dusty.

—¿Una ayudita? ¿De quién? —le responde Dusty.

—Por ejemplo de… Skipper.

—¿Ese viejo corsario? ¡Es un pedazo de chatarra! Puede que sea un héroe de guerra, con un montón de misiones en su haber, pero hace mucho tiempo que no vuela. ¡Sparky, el remolcador, lo ayuda a desplazarse sobre ruedas!

—Sí, pero es un profesional. Al menos, Skipper es un avión y no un camión cisterna —insiste Chug—. Ve a verlo. Seguro que te da algún consejo.

Dusty acepta ir a hablar con el viejo cascarrabias.

Skipper vive en el último hangar, al final de la pista. Una bandera ondea en el tejado. Dusty la contempla. Está impresionado.

—Cuentan que derribó 50 aviones, y circulan rumores sobre su escuadrón, Los Corsarios del Aire —murmura Chug.

Dusty llama al timbre hecho un flan, y Chug corre a esconderse. Skipper abre. Tiene el ceño fruncido y, en cuanto lo ve, Dusty empieza a balbucear.

—¿Cómo vas, Skipper? Oye… voy a presentarme al rally Alas Alrededor del Mundo y sé que ya no puedes volar… pero ya sabes, como dicen… si no puedes volar, ponte a enseñar.

El viejo caza irascible le da con la puerta en las narices. Chug, que sigue escondido, le da ánimos.

—¡Insiste! ¡Le has caído bien!

Dusty llama al timbre por segunda vez. Skipper abre la puerta sin decir ni pío.

—Oye, cuentan que derribaste 50 aviones —le dice Dusty.

—¿Y quieres ser tú el 51?

Dusty se echa a temblar. ¡La reputación del viejo está bien fundada!

—¡No, no! Es que he pensado que con mi valor y tu gloria…

—Tu valor solo sería una mancha de grasa en alguna pista de aterrizaje —sentencia Skipper—. Vete a casa, esto te viene grande, chaval.

Y, ¡pumba! Le vuelve a dar con la puerta en las narices.

Dusty se queda hecho polvo.

Continuación del cuento el 9 de enero, página 11

La liebre y la tortuga

—Caballeros, será una carrera a una vuelta —explica el Sheriff—. Hay que ir hasta el monte Willy, rodearlo y volver.

En los alrededores del desierto, delante de todos los habitantes de Radiador Springs, los dos adversarios asienten y avanzan hacia la línea de salida. ¡Vaya carrera tan rara! El motor de Rayo McQueen ruge con fuerza, mientras que el de Doc chirría y da alguna que otra sacudida.

—Creo que nuestra carretera nunca quedará como nueva —dice Sally, entre suspiros, con tono pesimista.

En cuanto Luigi baja la bandera, Rayo McQueen despega como un cohete. Sin embargo, cuando la nube de polvo que ha levantado sus neumáticos se disipa, todo el mundo se da cuenta de que Doc no se ha movido ni un centímetro.

—Esto… ¿Doc? ¿Qué haces? —dice Ramón, sorprendido y un poco preocupado.

—Creo que he tenido una mala salida —responde Doc, impasible—. Bueno, mejor tarde que nunca. Vamos, Mate, te voy a necesitar. ¿Llevas el gancho puesto?

—¡Sí, nunca lo dejo! ¿Por qué?

—Por si acaso.

Y los dos vehículos se ponen en marcha tranquilamente uno detrás del otro, mientras Rayo McQueen, corriendo como una bala, llega al monte.

—¡Nada me podrá parar! —dice, pletórico—. Un pequeño esfuerzo más y me voy a California.

Pero Rayo no había contado con el giro. Lanzado a toda velocidad, no ha estimado bien su dificultad. Sorprendido, frena de golpe. Se pone a derrapar en la tierra, resbala por una pendiente y aterriza, entre gritos, en un hoyo lleno de cactus enormes.

—¡Qué porrazo con los cactus! —murmura Fillmore, que ha visto el accidente desde lejos.

Furioso, Rayo McQueen intenta salir de la trampa. Su motor ruge, le patinan las ruedas, pero no consigue nada. De repente, la rejilla del radiador de Doc aparece al borde de la pista, justo por encima de él.

—Corres igual que arreglas carreteras —le dice con desprecio al campeón ofendido—. Buena pesca, Mate.

Y, dicho esto, ¡se va tranquilamente hacia la línea de meta!

—Creo que Doc creía que tú no creías que te la pegabas —dice Mate, riéndose y desenrollando el cable.

Tira con cuidado de Rayo McQueen y lo saca del hoyo.

—Gracias, Mate, gracias —dice el bólido, que comprende por fin que irse de Radiador Springs va a ser mucho más complicado de lo que pensaba.

Continuación del cuento el 15 de enero, página 17